



K.

LA PISTOLA DE RAYOS

Dick

minotauro

PHILIP K. DICK

La pistola de rayos

minotauro

1

—Señor Lars, señor.

—Me temo que sólo dispongo de un momento para dirigirme a sus espectadores. Lo siento. —Y echó a andar, pero el entrevistador autónomo, cámara en mano, le bloqueó el paso. Su sonrisa metálica mostraba confianza.

—¿Siente usted que se acerca un trance, señor? —preguntó esperanzado el entrevistador, como si algo así pudiera suceder ante uno de los juegos de lentes multifacéticas de su cámara portátil.

Lars Powderdry exhaló un suspiro. Desde el lugar en el que se encontraba podía ver el lugar donde estaba ubicado su despacho en Nueva York. Verlo, que no alcanzarlo. Había demasiada gente, ¡todos boquiabiertos!, interesada en él, no en su trabajo. Y, por supuesto, el trabajo era lo único que importaba.

—El factor tiempo. ¿No lo comprende? —preguntó, cansado—. En el mundo de las armas de moda...

—Sí, nos hemos enterado de que percibirá algo realmente espectacular —interrumpió el efusivo entrevistador, retomando el hilo del discurso sin pretender siquiera fingir atención al significado de las palabras de Lars—. Cuatro trances en una semana. ¡Y casi lo ha logrado! ¿Correcto, señor Lars, señor?

El artefacto autónomo era idiota. Armado de paciencia, Lars intentó hacérselo entender. No se molestó en dirigirse a la

legión de boquiabiertas, compuesta principalmente por señoras, que seguían aquel programa matutino: *Saludos de Lucky Bagman*, o como se llamase. Dios sabía que no tenía la menor idea. Su jornada laboral no daba para distracciones tan estúpidas como ésta.

—Mira —dijo con cierta suavidad, como si el entrevistador autónomo estuviera vivo y no fuera la arbitraria mezcla inteligente de tecnología del Bloque-Occidente del año 2004; reflexionó, perdido en esa dirección... aunque, pensándolo mejor, ¿podía considerarla peor abominación que el fruto de su propia labor? Fue una conclusión muy desagradable—, en el armamento de moda, un artículo debe destacar en un momento determinado —dijo tras borrarla de la mente—. Mañana, la próxima semana o el próximo mes es demasiado tarde.

—Díganos de qué se trata —insistió el entrevistador, pendiente de la anhelada respuesta.

¿Cómo iba alguien, ni siquiera el señor Lars de Nueva York y París, a decepcionar a los millones de espectadores de todo el Bloque-Occidente? Hacerlo supondría servir a los intereses del Pío-Oriente, al menos eso era lo que sugería el tono del entrevistador. Pero estaba fracasando.

—Francamente, eso no es asunto tuyo.

Y pasó junto al pequeño grupo de mirones reunidos para curiosear, alejándose del cálido fulgor de la exposición inmediata ante el ojo público y la rampa de Señor Lars Incorporated, el edificio de una sola planta que se levantaba, como si fuera intencionadamente, entre altos bloques de oficinas, cuya altura de por sí anunciaba la naturaleza de su función.

Pero el tamaño físico de Señor Lars Incorporated, reflexionó Lars al llegar al vestíbulo exterior, público, era un criterio falso. Ni siquiera el entrevistador autónomo se dejaba engañar; era a Lars Powderdry a quien deseaba exponer ante su audiencia, no a las entidades industriales a las que era fácil recurrir. A pesar de que a estas entidades les habría encantado la perspectiva de poner a sus expertos en propadqui (propaganda de adquisición) a comerle la oreja a su audiencia.

Se cerró la puerta de Señor Lars Incorporated, en sintonía con su propio patrón cefálico. Quedó aislado, a salvo del gentío de mirones cuya atención habían excitado los profesionales. Por su cuenta, los boquiabiertas habrían sido muy razonables al respecto, es decir, se hubieran mostrado apáticos.

—Señor Lars.

—Sí, señorita Bedouin. —Se detuvo—. Lo sé. El departamento de diseño no distingue el derecho del revés del bosquejo doscientos ochenta y cinco. —Se había resignado a ello. Lo había visto personalmente, después del trance del viernes, y sabía lo enrevesado que era.

—Bueno, dijeron... —Vaciló, joven y menuda, temperamentalmente mal equipada para trasladar en su papel de portavoz las quejas de quienes la rodeaban.

—Hablaré directamente con ellos —le dijo, comprensivo—. Francamente, a mí me pareció una batidora autoprogramable sobre ruedas triangulares. —«¿Y qué se puede destruir con algo así?», reflexionó.

—Ah, pues a ellos les parece una arma de primera —dijo la señorita Bedouin, cuyos pechos naturales enriquecidos con hormonas se movían en sincronía con su observación de los mismos—. Creo que sencillamente no distinguen la fuente de alimentación. Ya sabe, la estructura erg. Antes de que pase al dos ocho seis...

—Quieren que eche un vistazo al dos ocho cinco —dijo—. De acuerdo.

No le importaba. Se sentía inclinado positivamente, porque aquella era una agradable mañana de abril, y la señorita Bedouin (o, si se optaba por abreviarle el apellido, la señorita Bed) era lo bastante guapa para excitar el flujo sanguíneo de cualquier hombre. Incluso el de un diseñador de moda, un diseñador de armas de moda.

«Incluso», pensó, «al mejor y único diseñador de armas de moda de todo el Bloque-Occidente.»

Para alcanzar su nivel, lo cual, aun así, podría ponerse en duda en lo que a él concernía, uno tendría que acercarse al otro

hemisferio, al Pío-Oriente. El bloque chino-soviético tenía en propiedad, o empleaba, o como quisiera que lo llamaran, los servicios de un médium como él.

A menudo se había preguntado por ella. Se llamaba señorita Topchev, tal como le había informado la agencia policial privada que operaba en todo el planeta: la KACH. Lilo Topchev. Con una sola oficina, y en Bulganingrado, no en Nueva Moscú.

Le sonaba a solitario, pero la KACH no era muy dada a proporcionar detalles de aspectos subjetivos del escrutinio de sus objetivos. «Tal vez», pensó, «la señorita Topchev elaboraba sus propios bocetos de armas... o los componía mientras seguía en estado de trance, con forma de baldosas de cerámica de colores vivos. En fin, algo con un aire artístico. Ya fuera que a su cliente, o, mejor dicho, empleador, el SeRKeB, el consejo de gobierno de Pío-Oriente, esa academia integral destinada a los cog, sombría e incolora, a la cual se enfrentaba su propio hemisferio desde hacía décadas, echando mano de todos los recursos a su alcance, le gustase o no.

Porque, por supuesto, un diseñador de armas de moda tenía que ser tratado con consideración, tal como había logrado establecer en su carrera.

Después de todo, nadie podía obligarlo a entrar en sus trances de cinco días por semana. Y probablemente tampoco podían forzar a Lilo Topchev a hacerlo.

Se despidió de la señorita Bedouin para acceder a su propia oficina; se quitó la capa externa, el gorro y las zapatillas, y extendió artículos desechables de ropa de calle en el armario autclasificador.

Su equipo médico, compuesto por el doctor Todt y la enfermera Elvira Funt, había reparado en su llegada. Se levantaron y se acercaron respetuosos, y junto a ellos lo hizo Henry Morris, su casi subordinado, casi tan dotado psiónicamente como él. Nunca se sabía, pensó, construyendo el razonamiento de ellos en función de su presteza, de su comportamiento alarmado, cuándo podía averse un trance. La enfermera Funt

arrastraba la maquinaria de etiquetado intravenoso, que zumbaba detrás, y el doctor Todt, un producto de primera categoría del superior ambiente médico de la Alemania Occidental, estaba dispuesto a esgrimir precisos dispositivos con dos propósitos diferentes: por un lado, que durante el trance no se produjese un paro cardíaco, infarto pulmonar o presión excesiva del nervio vago, lo que provocaría la interrupción respiratoria y, por lo tanto, la asfixia; por otro lado, y sin esto nada de lo demás tenía sentido, que quedase constancia permanente de la mentación establecida durante el estado de trance, la cual podía obtenerse al finalizar.

Por tanto, el doctor Todt era esencial en la empresa Señor Lars Incorporated. En la oficina de París aguardaba un equipo similar, igualmente capacitado. Porque sucedía a menudo que Lars Powderdry obtenía una emanación más intensa en ese lugar que en la ajetreada Nueva York. Por no mencionar que su amante, Maren Fainé, vivía y trabajaba allí.

Era una debilidad, o, como él prefería suponer, una ventaja de los diseñadores de armas de moda, a diferencia de sus homólogos del mundo de la moda textil, el hecho de que le gustaran las mujeres. Wade, su predecesor, también era heterosexual. De hecho, se había suicidado por una coloratura del conjunto del Festival de Dresde. El señor Wade sufrió fibrilación auricular en un momento innoble: estando en la cama del apartamento que tenía la chica en Viena, a las dos de la mañana, mucho después de que cayera el telón de *Las bodas de Fígaro* y Rita Grandi se hubiera quitado las medias de seda, la blusa, etc., para, tal como habían revelado las fotografías en las atentas páginas del periódico homeostático, nada en absoluto.

Así, a los cuarenta y tres años de edad, el señor Wade, su predecesor en el diseño de armas de moda del Bloque-Occidente, había abandonado la escena y dejado vacante la plaza. Aunque los hubo dispuestos a prestarse para reemplazarlo.

Tal vez eso había apresurado al señor Wade. De por sí el puesto era muy estresante: la ciencia médica no sabía exactamente cómo o en qué medida. Powderdry reflexionó que no

había nada tan desconcertante como saber que no sólo eres indispensable, sino que, además, puedes ser reemplazado. Era el tipo de paradoja que no le gustaba a nadie, exceptuando, por supuesto, a la Junta del SeNac-W de las Naciones Unidas del Bloque-Occidente, que se las había ingeniado para tener visible en todo momento a su posible reemplazo.

«Y probablemente tengan otro esperando en este preciso instante», pensó. «Les gusto. Se han portado bien conmigo y yo con ellos: el sistema funciona.»

Pero las autoridades superiores, responsables de las vidas de miles de millones de boquiabiertas, no corren riesgos. No se cruza cuando ves que los cog han puesto el semáforo en rojo.

No es como si los boquiabiertas fuesen a relevarlos de sus puestos... difícilmente pasaría algo así. El despido procedería de lo más alto, del general George McFarlane Nitz, comandante en jefe en la Junta del SeNac. Nitz podía despedir a cualquiera. De hecho, si surgiera la necesidad (o simplemente la oportunidad) de despedirse a sí mismo... ¡No cuesta imaginar la satisfacción de desarmar su propia persona, de despojarse de la unidad de identificación del cerebro que le hacía no oler a chamusquina a los centinelas autómatas que custodiaban Festung Washington!

Francamente, teniendo en cuenta el aura policial que rodeaba la persona del general Nitz, las atribuciones de ejecutor supremo de su...

—Su presión arterial, señor Lars. —El parco y sombrío doctor Todt, con su aire sacerdotal, avanzó hacia él arrastrando la maquinaria—. Por favor, Lars.

Más allá del doctor Todt y de la enfermera Elvira Funt había un joven delgado y calvo, de piel pajiza, con aspecto muy profesional y vestido con un traje verde claro de sopa de guisantes, que llevaba una cartera bajo el brazo. Lars Powderdry le hizo una seña. La toma de la presión arterial podía esperar. Ese tipo era el de la KACH y tenía que hablar con él.

—¿Podríamos ir a su despacho, señor Lars? —preguntó el hombre de la KACH.

—Fotos —dijo Lars, que caminaba por delante.

—Sí, señor. —Una vez hubieron entrado, el hombre de la KACH cerró con cuidado la puerta del despacho—. De los bocetos que hizo ella de... —Abrió la carta y examinó un documento fotocopiado—. Del pasado miércoles. Con código AA-Tres tres cinco. —Encontró un lugar vacío en el escritorio de Lars y procedió a exponer las fotos estéreo—. Más una borrosa fotografía de una maqueta del laboratorio de la Academia de Rostok... de... —Consultó nuevamente la hoja—. SeRKeB código AA-Tres tres cero. —Se apartó para que Lars pudiera inspeccionarlas.

Después de sentarse, Lars encendió un Astoria Cuesta Rey sin molestarse en inspeccionar las fotografías. Sintió cómo el ingenio adquiría cierta turgencia, pero el cigarro no ayudó. No le gustaba nada eso de husmear como un chucho las fotos obtenidas por espías de la labor de su homónima en el Pío-Oriente, la señorita Topchev. ¡Que las analizara el SeNac-W de las Naciones Unidas! Eso mismo le había dicho al general Nitz en diversas ocasiones, una vez durante una reunión de la Junta total, cuando todos los presentes se encogieron en sus muy dignas y majestuosas ropres: las capas, la mitra, las botas, los guantes... Probablemente la ropa interior de seda de araña con ominosos lemas y ucases, bordados con hilos multicolor.

Allí, en ese ambiente solemne, con la carga de Atlas sobre las espaldas hasta de las concomedias, los seis insensatos involuntarios, escogidos al azar, reunidos en sesión formal, Lars había pedido, con medida y por el amor de Dios, si podían hacer el análisis de las armas del enemigo.

No, y no había más que hablar. Porque (escuche atentamente, señor Lars) no son las armas del Pío-Oriente, sino los planes que tienen para crearlas. Las evaluaremos cuando pasen de ser un prototipo y entren en producción en las fábricas autonómicas, había replicado el general Nitz. Pero en cuanto a esta primera etapa... Y dirigió a Lars una mirada cargada de significado.

Prendiendo un anticuado, e ilegal, cigarrillo, el calvo joven de la piel clara, el hombre de la KACH, murmuró:

—Señor Lars, tenemos algo más. Tal vez no le interese, pero ya que parece estar esperando...

Hundió la mano en lo más hondo de la carpeta.

—Espero porque esto no me gusta —dijo Lars—. No porque quiera ver nada más. Dios no lo quiera.

—Hmm. —El hombre de la KACH sacó otra satinada ocho por diez y se echó hacia atrás.

Era una fotografía no-estéreo, tomada a gran distancia, incluso posiblemente por una mira espía, un satélite, procesada después a conciencia. En ella aparecía Lilo Topchev.